



DIARIO DE BENJAMIN TUCSON

Recientemente ha sido hallado un fragmento del **DIARIO DE BENJAMIN TUCSON**, un sociólogo desaparecido hará cuestión de diez años en la cuenca del Amazonas. Me limito a transcribirlo literalmente sin entrar a juzgarlo ni a valorarlo

Soy sociólogo y me apasiona mi profesión. Desde niño ya me interesaba por el comportamiento de las personas; todas presentan matices diferentes, pero en el fondo siempre existe algo que las une. Mi trabajo me ha proporcionado grandes satisfacciones, puesto que he conocido a gente de todo tipo. He recorrido medio mundo estudiando a los seres más extraños del planeta, así como sus costumbres, aunque he de decir que nadie me intrigó tanto como los piraña.

Son un pueblo que vive en el Amazonas, concretamente en la ribera del río Maici. Desde que empecé a leer cosas acerca de esta tribu, me cautivaron por completo, se convirtieron para mí en una verdadera obsesión. Eran diferentes a todo cuanto había visto hasta ese momento. Se comunicaban por medio de una lengua aislada sin ninguna conexión con las que existen en la actualidad, ni posiblemente tampoco con las que existieron en el pasado. A pesar de que en el Amazonas hay gran cantidad de tribus, los piraña nunca se mezclaron con ninguna ni tomaron influencia alguna del exterior. Se comunican cantando, silbando o tarareando; en su vocabulario tan solo existen ocho consonantes y tres vocales, las mujeres curiosamente solo utilizan siete consonantes, no tienen tiem-

pos verbales, ni pronombres, ni oraciones subordinadas, tampoco colores, no utilizan los números para contar.

Es un pueblo que carece no solo de memoria colectiva, sino también de memoria individual: el recuerdo de los piraña no llega a más de dos generaciones, ninguno es capaz de recordar el nombre de sus cuatro abuelos. No tienen un concepto de Dios creado en la cabeza: para ellos todo fue creado, pero no se complican en indagar por quién, no le dan importancia al tema de la creación ni al de la espiritualidad. Se consideran diferentes al resto de los mortales, a quienes nos llaman “cabezas torcidas”; ellos se definen como “cabezas rectas”.

Conseguí por medio de la empresa para la que trabajo que me financiaran una expedición para estudiarlos en profundidad, y de ese modo poder publicar las conclusiones que sacara de mis estudios. Aunque sus costumbres son totalmente diferentes a las mías, en estos dos meses me han acogido bien. He descubierto que, tengan la edad que tengan, les encanta jugar y reírse, en especial esto último. También mienten con bastante asiduidad, pero aparte de esas tres percepciones, en lo que se refiere a su lenguaje poco en claro he podido sacar. Durante muchas horas al día he intentado enseñarles a realizar

operaciones de cálculo muy básicas, pero no he logrado que nadie sea capaz de sumar $1+2=3$. Al carecer de números, no los conciben, no tienen singular ni plural. Su lengua es absolutamente indescifrable, creo que nadie que no sea un piraña será capaz de entenderla jamás. El único avance que he conseguido ha sido oírle repetir a uno de ellos, al cual bauticé como “Joe”, la siguiente frase: “engañar a ti”. Acaba de pronunciarla hará cuestión de unos minutos, después se rio como hacen siempre. En este preciso momento me observa cuando el barro me llega hasta el cuello y estoy a punto de morir: me ha traído hasta un lugar de arenas movedizas y he caído en ellas. Ahora mismo me resulta imposible salir, Joe no ha hecho nada por intentar ayudarme: simplemente me mira y tararea algo. A pesar de los nulos progresos comentados anteriormente, él siempre fue mi alumno aventajado, pensé que sería quien me abriría la puerta a su enigmática lengua. Desde el primer día estuvo junto a mí, me permitió vivir en su choza con su familia, se prestó a todos mis experimentos lingüísticos con una paciencia encomiable, sin embargo en lugar de abrirme la puerta de la gloria me ha abierto la del infierno.



Rodar en Villaverde

Es un fenómeno curioso el de la fisonomía cambiante que atraviesa el barrio, acontecimiento muy enriquecedor para cualquier “hacedor” de películas. Por un lado están sus calles, que permiten situar las historias en tiempos pasados y retratar con precisión lo que fueron aquellos recuerdos que quizá no se borren; y por otro, las nuevas construcciones que retratan el ahora. En Villaverde se mezclan ambas realidades porque lo de antes también puede ser ahora. Parece un jeroglifo, pero es la realidad.

o teniendo que atrezzar espacios que ya de por sí no necesitaban aderezo.

En ocasiones es bonito jugar a ser Woody Allen. Si él pudo retratar Manhattan en blanco y negro, ¿por qué no nosotros las calles de nuestro barrio? A esto le pusimos la música de esos villancicos de Bob Dylan y aquello funcionaba solo. Allen añadió a Gershwin y nosotros a un premio Nobel. Lo mismo que los bares y sus rincones. ¿O acaso el Mesón La Gamba no es un hito referencial?

Rodar con los vecinos es mágico. Han sido tres

'Villaverde invita a huir de la banalidad que suelen recoger muchas películas, que se asfixian en sus lugares comunes...'

Algo así experimenté a lo largo de nuestra película, *John Ford no vivió en Villaverde*. Buscábamos esas calles que teñimos de blanco y negro para capturar imágenes en las que el espectador pudiese oler y escuchar el barrio sin recurrir a nefastos estereotipos

las experiencias y siempre gratas. Filmar en Villaverde permite jugar con la controversia. En nuestra pequeña película *Los mamarrachos* perseguimos rescatar otra rutina villaverdera, pero aportando un giro. Ese bar formalista

era recorrido por la literatura y los poleos que surcaban entre las mesas repletas de artistas, críticos y lectores envueltos en su universo laboral.

Villaverde invita a huir de la banalidad que suelen recoger muchas películas, que se asfixian en sus lugares comunes y altamente tendenciosos. Nuestro tercer rodaje, éste en color, nos sirvió para transformar, sin atrezo, unas vías de tren en un lugar que no dejaba de ser el de cualquier conflicto bélico en la Europa del Este. Dos francotiradores, sus uniformes, sus chistes y su mirilla siempre apuntando. Aquella aventura se tituló *Olimpiadas*, y conseguimos cierta repercusión en festivales. Villaverde siempre es descubierto cuando se prescinde de esa miseria fílmica que suele retratarlo.

Ahora nos encontramos planificando sobre el barrio lo que será una pequeña película, *Papá debe morir en casa*. Texto que proviene de Javier Maqua y servirá para grabar esas calles que daban cobijo a esas rutinas que pudieron llevarse a cabo un 19 de noviembre de 1975.

Desde que rodé la primera vez en Villaverde ya no he salido de sus calles. En ellas y en sus rostros están las localizaciones de una filmografía que solo puede continuar. Quizá cuando se den cuenta los productores más pusilánimes y dejen de encasillar el barrio, éste se convierta en ese plató que siempre ha sido en silencio.



MIGUEL LABRADOR

La vis 2023

